

NUEVA YORK
INSIDE

TRAS LOS PASOS DE FEDERICO

Antonio Lara Ramos

NUEVA YORK
INSIDE
TRAS LOS PASOS DE FEDERICO


ESDR JULIA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2023

© Antonio Lara Ramos, 2023

© Juan Vida por las ilustraciones, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustraciones: Juan Vida

Maquetación: Carmen Álvarez

Fotografía de solapa: Antonia Ortega Urbano

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1759-2023

ISBN: 978-84-127786-8-7

Impreso en España · Printed in Spain

A mi madre, Dolores,
a quien tanto le gustaba viajar a su manera.

A mi padre, Pablo,
a quien tanto le gustaba andar a su aire.

In memoriam.



*Nueva York de cieno,
Nueva York de alambre y de muerte.
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?
¿Quién el sueño terrible de tus anémonas
manchadas?*

«Oda a Walt Whitman», FEDERICO GARCÍA LORCA

*La ciudad, hechizada, se complace en su imagen
refleja, y se sueña a sí misma transfigurada por
la noche.*

«Rapsodia en blue», JOSÉ HIERRO

*Babilonia y Nínive eran de ladrillo. Toda
Atenas era doradas columnas de mármol.
Roma reposaba en anchos arcos de mamposte-
ría. En Constantinopla los minaretes llamean
como enormes cirios en torno del Cuerno de
Oro... Acero, vidrio, baldosas, hormigón, serán
los materiales de los rascacielos. Apilados en
la estrecha isla, edificios de mil ventanas sur-
girán resplandecientes, pirámide sobre pirá-
mide, blancas nubes encima de la tormenta.*

«Manhattan Transfer», JOHN DOS PASSOS

A modo de prólogo

Nunca hubiera imaginado esto que estoy haciendo: viajar a un país y luego ponerme a escribir sobre ese viaje y ese país. Hace muchos años la literatura de viajes despertó en mí una inusitada curiosidad, se convirtió en el referente donde rescatar las impresiones de los viajeros del siglo XIX en sus innumerables itinerarios por España y Andalucía, fueron una fuente de documentación para mis trabajos historiográficos. Hoy me veo como ellos: rastreando caminos que no sé dónde me llevarán.

Antes de que se malogre el arsenal de vivencias y recuerdos surgidos en mis viajes a Nueva York, que se precipiten al rincón del olvido, he decidido dejar constancia escrita de todo ello. Aquel cúmulo de percepciones quisiera que fuera más allá del mero relato de un viaje —para eso están las documentadas guías de viajes— y que se convirtiera en la historia de unas estancias que cabalgaron entre la admiración y el choque con la cruda realidad, algo que debería trascender de lo anecdótico y de la mera descripción de lo visto y vivido. Desde el principio lo tuve claro: debía mirar detrás de lo que había delante de mis ojos, alargar la vista al otro lado de lo aparente,

hacia lo que se camufla y desdeña, a esa realidad ajena a tanta virtualidad pensada para impresionar al visitante; conseguir que Nueva York me suscitara lo mismo que le hizo a Federico García Lorca: ver esa naturaleza que siempre se oculta tras el maquillaje, que queda encubierta bajo falsas promesas de irrealidades expuestas en los escaparates, ver llegar los «tanques de agua podrida» o divisar a «los camareros y los cocineros y los que limpian con la lengua / las heridas de los millonarios».

Quizá fueran los pasos del poeta granadino los que me guiaron, acaso también los de Juan Ramón Jiménez y los de Luis Cernuda. Las miradas, los encuentros, las emociones despertadas por esta ciudad en los versos de los poetas andaluces.

Mi primer viaje se inició mucho antes de que subiera al avión. Los viajes se ponen en marcha desde el momento en que decidimos emprenderlos. Por entonces, ese deseo se agitó con la necesidad de huir de las telarañas tejidas sobre mis emociones, de alejarme del silencio estremecido por el ruido, de agotar los días de otro modo. Tenía la sensación de que alrededor de mí, el mundo se desmoronaba, incluso se hundía, hasta que me convencí de su estado de putrefacción. Acaso sea por la virtualidad de este tiempo en que nos enteramos de todo. Si viviéramos ausentes de la mierda que nos rodea, es posible que se nos aliviaran broncos desasosiegos. ¡Vete tú a saber!

Meses, a lo mejor años —quién sabe, porque esto de medir el tiempo resulta tan difícil cifrarlo desde aquello que ocurrió alguna vez—, era cuanto persistía aquel estado de escepticismo delirante. La hipocresía, la impostura y la mezquindad que bañaba el estúpido arte de vivir me ahogaban. Me lo debieron notar los que me rodeaban, aunque nada me dijeran; y también los que leyeran aquello que escribía. Perdí la fe en la esperanza. Si le hubiera preguntado a mi amigo Jesús Ambel, psicólogo,

hubiera dicho que estaba pasando un periodo transitorio de incredulidad manifiesta, propia de una crisis de identidad del sujeto posmoderno. A veces tenía la sensación de pensar que eso de andar por ahí como un incrédulo, no creyendo en nada, de entender que no había más que mentira en lo que decían los demás, o que la prioridad de cada cual no era otra que salvar el propio culo, debía ser algo muy grave. Siempre tendré que agradecer que, a pesar de todo, los que de verdad me interesaban no salieran huyendo.

Solo la memoria de los muertos me provoca compasión, y la vida de tanto desgraciado que habita en las calles o está encaramado en el andamiaje fútil de lo catalogado como defectuoso. Los desgraciados no votan, han traspasado la línea de la irrealidad, en la que quizá me encuentre yo. La misericordia es la gran ausente de este mundo.

Me apena el futuro de la infancia y la juventud, acaso porque tengo miedo al futuro. No al mío, al de ellos, que se lo hemos desactivado. Hace tiempo que deseché el futuro, pero me preocupa dejar solas a las generaciones jóvenes, tan indefensas ante el libre albedrío de un mundo de caníbales. Me inquieta que queden al albur de tanto sinvergüenza, sin protección alguna, que puedan ser presa fácil de la canalla mentirosa sin escrúpulos. Acaso la culpa la tengamos todos, pero no dispondré de tiempo para estar con ellas. ¡Dejadme que sea eterno, que no permita tanto ultraje!

Miraba al mundo y no encontraba más que dolor, cadáveres flotando en el Mediterráneo, nuevos líderes políticos nacionales y mundiales saliendo de las cloacas de la estulticia humana para gobernar con ideas de estúpidos pendencieros. La historia, ¿qué no has enseñado la historia? En otro tiempo había gobernantes que traían mensajes de fraternidad y concordia,

ahora vociferan, abominan de otros seres humanos, los acusan de ser el origen de todos los males, y se ríen del cambio climático y de eso de la destrucción del planeta.

La gente tiene que creer en algo, nos hace sentir bien. Lo más fácil, lo que no requiere esfuerzo: creer en ideas fútiles, procaces, *facilonas*.

No aspiro a que este relato de viajes redima al mundo, ni que se convierta algún día en un referente de consulta para los que pretendan escribir un trabajo serio sobre la ciudad de Nueva York. Tan solo pretendo que esta serie de impresiones sobre esa ciudad —icono de nuestro tiempo— nos haga reflexionar sobre la facilidad con que a veces caemos en el sueño de la confusión.

No sé si a mi edad puedo decir lo que me venga en gana, hablar de lo que me apetezca, creer solo en lo que me resulte gratificante en cada momento y desdeñar las estupideces que emborronan la vida, pero lo hago. Quizá solo sueñe ya con recordar vivencias y compartirlas, en no seguir patrones impuestos, ni en esa especie de máxima: callar para no ofender. Ofenderé solo si alguien se siente ofendido, diré lo que se me antoje, que no siempre será la verdad, pero será mi verdad, que es al fin y al cabo la que a mí me vale.

Después de este viaje he sabido que mi mejor patrimonio es no tener prisa por tantas cosas. Antes de partir tenía demasiadas urgencias que ahogaban mi ánimo. Ahora escribo lo que me da la gana, porque lo que quiero es escribir. Mire quien lo mire. Quizá tenga que ser como es ahora. Quizá sea un placer que solo te puedes permitir a una determinada edad, o cuando te has convencido de que la felicidad se gana cuando haces lo que quieres hacer, no lo que los demás te exigen o te inducen consciente o inconscientemente a que hagas. Por eso, mi nueva aventura en la vida empezaba con este viaje, aunque antes de

emprenderlo me sintiera atrapado en la misma soledad que perseguía a Lorca: «Tropezando con mi rostro distinto de cada día. ¡Asesinado por el cielo!».

A estas alturas de mi vida solo busco no enojarme conmigo mismo, y llorar lo menos posible.

1. Me fui en busca de Federico

Con este estado de ánimo me vine la primera vez para Nueva York. Me apetecía hacer este viaje, quería ir de Granada a Nueva York, como lo había hecho Federico García Lorca al «Senegal con máquinas», como lo llamaría. Los viajes no siempre apetece emprenderlos, pero éste sí, tan mitificado: visitar la capital del mundo, la tierra donde vio la luz *Poeta en Nueva York*, la ciudad que, según había escrito Lorca a Fernández Almagro, le causó una gran impresión, hasta el punto de decir: «Es inmenso, pero está hecho para el hombre, la proporción humana se ajusta a las cosas que de lejos parecen gigantescas y descabelladas».

Aunque tuviese que acopiar ánimos, no podía perder la oportunidad de añadir esta experiencia a mi vida antes de morir. Sí, a veces uno habla así, con la muerte como horizonte. Había leído *4321*, la novela de Paul Auster —como quizá lo hiciera Lorca antes de partir con *Manhattan Transfer* de John Dos Passos—, y había escuchado a Alicia Keys y a Norah Jones, y recordado el Nueva York de la excéntrica Holly Golightly, la protagonista de *Desayuno en Tiffany's*, de Truman Capote, y otras visiones de esta ciudad que, sin pretenderlo, empezaba a adquirir un tinte familiar.

Mi médico se había muerto, y no tuve noticia de ello hasta hacerme el análisis que me prescribió cinco meses antes. Cuando te enteras de que alguien se ha muerto es justo cuando se ha muerto, hasta entonces sigue vivo. Él solía dejarme el papelito de la prescripción de análisis sin fecha. Me gusta mirarme los valores de todas esas cosas que salen en una analítica.

Sí, mi médico se murió, lo supe poco antes de salir de viaje a Nueva York. Quería viajar arropado en su opinión sobre los resultados de la analítica, como si necesitara descartar cualquier duda sobre mi salud ante las autoridades de Estados Unidos. Llamé por teléfono para pedirle cita. Una voz telefónica me dijo que ese teléfono no existía. Volví a marcar, y lo mismo. Esperé un día, por si las líneas telefónicas hubieran sido objeto de algún desvarío por parte de la compañía. Desconcertado, pensé ir directamente a la consulta. Finalmente opté por una de esas ideas que se cruzan por la cabeza: mirar en internet a ver si había alguna noticia que dijera algo. Y mira por dónde encontré una esquila mortuoria publicada en un periódico. Esto de las esquelas ya no se estila, es una antigualla, pero lo cierto es que había una esquila, y decía que un tipo con el mismo nombre y apellidos —poco comunes, en su caso— había muerto, y que se rogaba por su alma y todas esas cosas que se escriben en las esquelas. Ponía que había fallecido en los primeros días de agosto, cuando hacía tanto calor y yo buceaba en las páginas de *4321*.

Me asaltó la gran duda, con el viaje a la vuelta de la esquina: ¿quién me iba a decir ahora si mis valores analíticos eran o no buenos? Los miré yo. Al menos no se veían asteriscos en los valores de los apartados de hematología, bioquímica y orina. ¡Menos mal que no soy hipocondríaco!

El verano se había pasado, como pasan los veranos: con mucho calor y «el sol dentro de la tarde». Empezaba el curso escolar y, no sé por qué, tenía la sensación de que se estaban torciendo las cosas un poco más que antes del verano. Nuevos problemas abatían aún más mi ánimo. Los disgustos no hacían más que elevar mi grado de desconfianza hacia todo. Así enfilaba la recta final del inicio de aquel viaje, con sensaciones parecidas a las que removían en Lorca su interior antes de ese viaje en 1929, cuando le decía a Jorge Guillén: «Siento que me van echando cadenas». Ian Gibson, en su *Federico García Lorca*, lo dirá: «Lorca se escapa de España con —cabe suponerlo— la esperanza de poder curarse de sus recientes heridas afectivas y, quizás, de encontrar un nuevo amor», que acaso le hiciera olvidar, o superar, a Dalí o a Emilio Aladrén, y disfrutar del que prometía con Philips Cummings, aquel verano del 29 en Vermont.

Ninguno de los que estamos en este mundo —ahora, en este momento, cuando se leen estas páginas— vivimos en otro tiempo que no sea éste. Si nos hubiera tocado ser ciudadanos romanos habríamos tenido la ilusión de ir alguna vez a Roma. Si estuviéramos en los siglos XVI o XVII imagino que nos hubiera asaltado el deseo de visitar alguna de aquellas ciudades renacentistas y barrocas: Venecia, Roma o Florencia, igual que hicieron Velázquez o José de Ribera. Y andando el tiempo, en el siglo XIX, las ciudades hubieran sido Londres o París. Y si acaso fuéramos musulmanes, tendríamos la obligación de ir al menos una vez en la vida a La Meca.

En este tiempo que nos ha tocado vivir —cuando se viaja más que nunca, por placer o por supervivencia—, los destinos pueden ser múltiples, pero no cabe duda que la capital del mundo es,

por el momento, Nueva York. Todas las hogueras de las vanidades se concentran en ella. Es la feria donde se ubican todos los grandes parques temáticos y de atracciones, y las mejores casetas para la diversión. Asistimos, al visitarla, a una feria interminable.

Lo único a lo que me resisto es a claudicar, por un engolosinamiento transitorio con esta ciudad, del sentido planetario de la vida que hemos ido conquistando desde la Ilustración. No quiero olvidarme de que más allá de Nueva York existe mucho más mundo.

Atento a las historias que Auster pergeñó para el joven Archie Ferguson, pensaba que en este viaje a lo mejor me encontraría algo de la lucha por los derechos humanos vivida en los años sesenta en Estados Unidos. Ilusión bobálica la mía: pretender ir a Nueva York a recrear episodios de una novela que hablaba de otro tiempo que quedó tan atrás. Cómo se me ocurría siquiera pensar en eso, en unas historias que acontecieron hace tantas décadas. Sus huellas estarían más que desaparecidas. Ahora vivimos en otra modernidad: más tecnológica, más interconectada, más digital, más cerca unos de otros. Aquello fue otro tiempo.

Nos gusta vivir en la edad de la inocencia. El tiempo que nos toca vivir a nosotros es distinto a cualquier otro, aunque las atrocidades sigan siendo las mismas. Los derechos humanos se vulneran con más sutileza a como se hacía antes, o del mismo modo, las minorías se marginan de manera políticamente correcta, se practica el racismo y la xenofobia, y no se escatiman medios para repudiar al inmigrante que cruza esa frontera que consideramos nuestra. Quizá las huellas de aquel pasado hayan desaparecido, pero no las miserias humanas.

Tampoco creí que encontraría los ecos de aquella marcha por los derechos civiles que aconteció a kilómetros de Nueva York, ni a su instigador, el reverendo Luther King, porque está muerto. Aunque, tal vez, podría encontrar algún vestigio del sueño que dijo haber tenido. Lo asesinaron por decir cosas que no gustaba escuchar, que incomodaban. Acaso sea mejor cuidarse de decir cosas que incomodan a los demás. Consejos doy que para mí no quiero: yo ya tengo muchos años, por eso digo cosas que incomodan a los demás. Los motivos que impulsaron a aquella marcha siguen existiendo, y se han redoblado con otros muchos más que darían para una marcha diaria. Los tiempos no cambian.

Si denuncias ahora las injusticias que se cometen contra los derechos humanos en todo el mundo, también habrá quien sea capaz de matarte.

Hasta esa ciudad, y hacia ese país, me dirigía yo. Le Corbusier, en su *Cuando las catedrales eran blancas*, escribía en 1936: «Los Estados Unidos, jóvenes, muy jóvenes, tienen la edad de los campeones olímpicos: cabellera bien plantada sobre cuerpos de atleta, corazón ingenuo, fuerte y débil. Pero, sépase bien, este país es el que ha erguido a Manhattan en el cielo; el país que odian ustedes —hacen mal— deben reconocerlo e ir a verlo».

Me fui en busca de Federico a su Senegal con máquinas, a una soledad que buscaba, a despojarme de prejuicios y a mirarme a mí mismo mientras caminaba haciendo camino al andar, como Machado.